

Ángel Román Ramírez

Los Escribas del Tiempo

Codex Tartessiorum

Primera Edición.

Título original de la obra: *Los Escribas del Tiempo (Codex Tartessiorum)*.

© 2010: Ángel Román Ramírez. Todos los Derechos reservados bajo Licencia *Creative Commons* (Código: 1011237917565. Fecha 23/11/2010, 19:38 UTC), para esta edición.



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

Nota preliminar del autor.	9
<i>Codex Tartessiorum.</i>	11
Documento nº. 1/ Amenhotep. LOS VIAJES DE HEMBET.	17
Documento nº. 2/ UAL. 1. EL SANTO LUGAR.	25
Documento nº. 3/ UAL. 2. LA EJECUCIÓN.	41
Documento nº. 4/ ANON. 1. RAPSODIA NÚMERO DOS.	47
Documento nº. 5/ UAL. 3. EL TRUEQUE.	59
Documento nº. 6/ UAL. 4. 1. EL UNGIDO.	65
Documento nº. 7/ UAL. 4. 2. LAS COLUMNAS DE MELQART.	73
Documento nº. 8/ UAL. 4. 3. EL GIGANTE DE TRES CUERPOS.	77
Documento nº. 9/ UAL. 5. MIL DIOSES CIEGOS.	85
Documento nº. 10/ ANON. 2. “Anónimo Etrusco”.	97
Documento nº. 11/ Ambaturr. LOS REYES DE TARTESSOS.	107
Documento nº. 12. <i>Historia Escrita</i> de Tartessos.	119
Documento nº. 13/ ANON. 3. EL REGRESO DEL BASTARDO.	129
Documento nº. 14/ ANON. 4. EL BARDO DE TARTESSOS.	137
Documento nº. 15/ ANON. 5. EL GOBERNADOR DE GADIR.	141
Documento nº. 16/ AKO. 1. EL TEMPLO DEL LUCERO.	147
Documento nº. 17/ AKO. 2. UN AEDO EN TARTESSOS.	153
Documento nº. 18/ AKO. 3. LA BAILARINA DE GADIR.	161
Documento nº. 19/ AKO. 4. LA BENDICIÓN DE LA PRIMAVERA.	165
Cuadro Cronológico (Siglos XVI al VIII previos a Cristo).	171

Documento nº. 20/Kolaios de Samos. VIAJE A TARTESSOS.	173
Documento nº. 21/ANON. 6. HIMNOS AL SOL.	177
Documento nº. 22/Öroir Liirnestākun. EL POEMA DE ASUNE.	183
Documento nº. 23/Lastenia de Mantinea. APOLOGÍA DE PLATÓN.	207
Cuadro Cronológico (Siglos VII al IV previos a Cristo).	237
Documento nº. 24/Posidonio de Apamea. LA SACERDOTISA DEL TIEMPO.	239
Dedicatoria.	257

Akoolion

La Bailarina de Gadir

Documento nº. 18/AKO. 3. Grabado en piedra.

Lengua: Tartésica con elementos fenicios. Época: ca. Siglo VIII a. C. Materia: Historia/Mitología. Lugar: Cortijo de Évora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz. España). Título: “La Bailarina de Gadir”. Autor: Akoolion.

Observaciones: Posidonio de Apamea fue un filósofo estoico que visitó Gades 90 años antes de la Era cristiana para estudiar el comportamiento de las mareas (Estrabón leyó sus estudios y los incluyó en su *Geografía*, dada la valiosa información que contenían). Siguiendo a Posidonio, en el Libro II (3, 4) Estrabón narra el viaje que realizó un tal Eudoxos de Cícico hacia la costa atlántica africana allá por los tiempos en que Evergetes II reinaba en Egipto (146-117 a. C.), habiendo partido de Gades y llevando entre su “mercancía” a un grupo de aquellas *mousiká paidiskáia* o “muchachas músicas” en calidad de esclavas. Estas muchachas eran bailarinas y cantoras —a veces, incluso se prostituían— que obtuvieron una gran fama en aquella época (s. II a. C.), fama que llegó hasta Roma. Marcial criticaba la manera sensual y excitante con que las *puellae gaditanae* danzaban, exhibiendo sus “lascivas caderas” haciéndolas vibrar “en un prurito sin fin” y con “un temblor estudiado” (*Epigrammaton* V, 78). Dice el poeta que eran diestras en “adoptar posturas lascivas al compás de las castañuelas béticas y en bailar según los *modos gaditanos*” hasta el punto de que eran capaces de excitar al más austero (VI, 71; también en XIV, 203). Por su parte, otro poeta latino, Juvenal (*Satirae* XI, 162-164), menciona también esta forma de actuar, haciendo referencia a cómo iban descendiendo hasta tocar el suelo y cómo de impresionante le resultaba al auditorio. Por las reseñas de los cronistas latinos —al margen de sus sátiras y prejuicios—, podemos deducir que aquellas jóvenes músicas danzaban de manera completamente original, con estilo propio, sin paralelos en las costumbres grecorromanas, e incluso ajenas a las de otras comunidades hispanas (Marcial, por ejemplo, era romano-aragonés).

LA BAILARINA DE GADIR

Un velo rojo con los bordes dorados cubría su cabeza y gran parte de la cara, a excepción de los ojos. Sus largas y negras pestañas y el color ámbar de sus dos fulgurantes luceros casaban perfectamente con la tela; llevaba una blusa corta sin mangas, a juego con el velo, casi transparente... sugería, pero no mostraba. El vientre, que todavía no evidenciaba su embarazo de dos meses, lo llevaba desnudo, y bajo el ombligo pendía una falda violeta con sendas ranuras a ambos lados. Llevaba los pies desnudos y una cadenita de bronce adornaba su tobillo izquierdo.

Portaba en sus manos cuatro pequeños crótalos anudados a sus dedos pulgares y corazones. Los entrechocaba y los hacía sonar al compás de la música mientras contorsionaba sus brazos y todo su cuerpo: bailaba una danza tranquila, de ritmo libre, mientras sonaba una melodía pentatónica interpretada por un trío de músicos: un

aulista, un tañedor de lira y un percusionista que, con un pandero, marcaba la cadencia cada ocho pasos, coincidiendo con el tintineo de los crótalos.

La muchacha movía los brazos y las manos (que rotaban sobre sus muñecas) hacia arriba y hacia abajo, muy despacito, al tiempo que realizaba el trayecto inverso con la cabeza. De vez en cuando, con las piernas semiflexionadas, levantaba pausadamente una de ellas y daba un largo paso lateral hacia el mismo lado de la extremidad que tenía alzada.

Terminada la danza, la bailarina emprendió el camino de vuelta a casa, por el oscuro sendero que recorría a diario, cuando sintió que alguien la seguía. Se detuvo un instante, miró hacia atrás y descubrió que se trataba de un hombre adinerado y seboso que asistió a la fiesta en la que ella había estado bailando; borracho hasta las cejas y gritándole para que parase. La chica, acostumbrada a aquellos indeseables, tomó un pedrusco del camino y le advirtió que la dejara en paz. En vista de que el tipo continuaba andando hacia ella, alzó la mano y le profirió un nuevo grito de aviso. Pero como no parecía escucharla, se dejó de consejos y le arrojó la piedra. Dio en el centro de la frente del hombre que, entre el impacto y el más bien escaso equilibrio, cayó de bruces. La bailarina se remangó la falda y emprendió una veloz carrera.

Pasados unos días y descubierto el desafortunado encuentro, acusaron a la bailarina por agresión a la Autoridad... Mala suerte: aquel borracho no podría haber sido otro, sino el ayudante de un alto mandatario de la isla de Eubea. La difícil situación obligó a la muchacha a huir de la ciudad, en primer lugar, porque no quería pasar tres años en los calabozos de una tierra a la que ella no pertenecía; y, en segundo, porque jamás se perdonaría a sí misma dar a luz a su hijo estando prisionera. Por eso decidió tomar el primer barco que partiera lo más lejos posible, de manera que terminó arribando en una ciudad costera del Asia Menor: Esmirna. Algún tiempo después, alumbró a su bebé a las orillas del río al que llamaban Meles.

En ese preciso instante, Homero despertó súbitamente, en mitad de la madrugada. Se sorprendió a sí mismo cuando descubrió que había estado llorando. Echaba mucho de menos a su madre.

Al día siguiente, al poco de amanecer, se dirigió a casa de la anciana Nakaar.

Akoolion

La Bendición de la Primavera

Documento nº. 19/AKO. 4. Grabado en piedra.

Lengua: Tartésica con elementos fenicios. Época: ca. Siglo VIII a. C. Materia: Historia/Mitología. Lugar: Cortijo de Évora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz. España). Título: “La Bendición de la Primavera”. Autor: Akoolion.

Observaciones: Está probado que el culto a Adonis fue introducido en la Península Ibérica por mediación de los fenicios, siendo tal vez en el actual territorio de Sevilla (la antigua *spl* > *Hispalis*) donde fuera acogido con mayor fervor. El culto tuvo un gran arraigo a lo largo y ancho del Mediterráneo durante muchísimo tiempo, pues continuaba practicándose hasta bien entrado el cristianismo: del siglo III son las alusiones de Orígenes (ca. 240 d. C.) y todavía a mediados del siglo V la procesión es mencionada por Cirilo, un obispo de Alejandría. Antes que ellos, *Isaías* (17, 10-11), *Ezequiel* (8, 14), la poetisa Safo (que le dedicó un *treno* al dios), el comediógrafo Aristófanes (*Lisístrata*, 387-398) y el poeta Teócrito. Este último (ca. 300-250 a. C.), considerado el creador del género bucólico en poesía, detalla en su obra *Las Siracusanas* (o “festejadoras de Adonis”), que con motivo del ritual se realizaba una serie de competiciones de cantos fúnebres.

En lo que respecta a *Hispalis*, de la época de Diocleciano (año 287) procede el *Breviario de Évora*, donde también aparece descrito este ritual: consistiría en una procesión llevada a cabo exclusivamente por mujeres que entonaban “trenos” (cantos fúnebres) y danzaban mientras portaban un bloque de piedra que representaba la imagen del dios.

Según los datos y las fechas ofrecidos en el libro de *Ezequiel*, este profeta debió vivir entre finales de la VII y principios de la VI centurias previas a Cristo. En Ez. 8, 14-15 se dice que cuando aquél contaba con la edad de treinta años, se le presentó Dios y le llevó a observar los distintos cultos idólatras que se celebraban en Tierra Santa, entre los cuales se hallaba el de *Tammuz* (dios babilónico que tiene su paralelo en el *Dumuzi* sumerio y el *Adonis* fenicio).

LA BENDICIÓN DE LA PRIMAVERA

Llegando a las puertas de la morada de Rúba-Sakaí —una de las princesas de Tartessos— se oían cánticos y fanfarrias a poca distancia. La muchacha, notando el interés demostrado por Homero, le llevó hasta allí. Había un grupo de veinte o treinta personas formando un corro alrededor de tres hogueras (estaba a punto de anochecer) canturreando algunas y danzando otras, al son de la música que ejecutaba un pequeño grupo formado por dos aulistas, dos bardos y dos percusionistas. El coro de cantores componía el grupo más numeroso, que acompañaban con palmas los ritmos de la percusión; los danzantes, cogidos de las manos, bailaban dando vueltas en torno a las hogueras con pasos ligeros y realizando espectaculares genuflexiones: daban un salto, caían de rodillas y se incorporaban de nuevo, retomando el movimiento inicial. De vez en

cuando cambiaban el sentido rotatorio. Los aulistas, un hombre y una mujer, tañían distintos instrumentos de viento contruidos a partir de cuernos o huesos de animales y las embocaduras poseían pequeñas lengüetas de caña que al vibrar resonaban en el tubo óseo, produciendo un sonido penetrante que a oídos del extranjero se asimilaban al graznido de las ocas. Uno de esos instrumentos, el que tañía el muchacho, era mucho más largo que el otro y emitía un sonido más grave.

Los bardos, ocultos tras unas máscaras sagradas, eran los que llevaban la dirección del cántico. Pronunciaban al unísono una estrofa distinta cada vez, y entre estas secciones se intercalaba, según lo que parecía decir la letra del cántico, lo más semejante a un estribillo. Mientras durase la estrofa, los danzantes daban vueltas alrededor del fuego; en el estribillo, saltaban.

Los percusionistas tamborileaban, uno sobre un tronco ahuecado expresamente (usaba dos baquetas fabricadas también con huesos) y el otro sobre el cuero tensado de un pandero, palmeando con la punta de los dedos.

A Homero le dio la impresión de que la Música y quienes a ella se dedicaban en uno u otro sentido gozaban de un especial respeto, al menos en aquella aldea. Dado que el espectáculo que en ese momento contemplaba poseía notables matices rituales, el poeta se hizo a la idea de que probablemente la música se practicara en el ámbito cultural: con ella se celebraban festines, seguramente; pero ante todo, ritos, exorcismos y hasta puede que funerales. Y a los enfermos —tanto de cuerpo como de mente— se les procuraba alivio. Con música, incluso, se aprendía Historia, ya que el argumento de algunos cánticos versaba sobre hazañas y acontecimientos pasados, alimentando así la cultura popular. La música, en fin, servía como vehículo de comunicación entre las gentes y proporcionaba una sabiduría generalizada para aquellos que jamás habían visto, ni de lejos, un texto escrito —es decir, la mayoría—.

Durante la ceremonia se inmolaban carneros y se bebía vino. Debía tratarse de la conmemoración de alguna deidad, pensaba Homero, dada la exuberancia derrochada. Con cada vez más frecuencia, los integrantes de la aldea se iban sumando al festejo religioso; iban llegando como en peregrinación, a lo largo de toda la noche, y llegó un momento en que el pueblo entero se hallaba

concentrado allí. Se encendieron más hogueras, se sacrificaron más animales y se bebieron más litros de vino. Lo que en un principio pasaba por un simple banquete familiar se convirtió después en un auténtico jolgorio y todo el mundo bailaba y cantaba, mientras paseaban entre unos cuantos una especie de tótem que simbolizaba al dios Adonis. Aún les aguardaban siete días de oración, cánticos y danzas. Celebraban el equinoccio de la primavera.

(***)

Öroir Liirnestākun

El Poema de Asune

Documento nº. 22/Ōroíř Liirnestākun. Grabado en piedra.

Lengua: Tartésica con elementos célticos. Época: ca. Siglo IV a. C. Materia: Historia/Mitología. Lugar: Fonte Velha (Bensafrim, El Algarve. Portugal). Título: “El Poema de Asune”. Autor: Ōroíř Liirnestākun.

Observaciones: Grabados sobre piedra. Siete estelas con medidas que difieren desde los 93x40x16 cm. (la más pequeña) hasta los 127x69x22 cm. Parágrafos: 23.

Este documento tiene un incalculable valor por lo bien conservado que se encuentra y por la historia que narra: se trata de un poema épico en toda regla, al estilo de los aedos griegos y los bardos celtas. Se halla escrito en verso, según la métrica cuneto-tartésica. Salvo dos versos en mal estado y exceptuando seis palabras que no se han podido identificar, el Poema de Ōroíř Liirnestākun (autor tartesio de origen galaico, cuyo apellido se traduce como “El que vive junto al mar”) se nos muestra en todo su esplendor. Corroborra los textos de insignes como Heródoto, Polibio, Estrabón, Tito Livio o Avieno y, más aún, los completa. Ōroíř Liirnestākun pudo ser una especie de emigrante que llegó hasta las costas del Algarve portugués procedente de Galicia. Y, además de un buen escriba, debió ser un aplaudido bardo de Tartessos.

EL POEMA DE ASUNE

§1 Conocían y conocerán las generaciones pasadas y venideras la canción que ahora escribo y que canté en mis años de juventud por todos los lugares por los que pasé.

Mi canción no es un invento, ni una farsa, sino toda verdad, de la vida y logros de una Reina, la más gloriosa de todas, jamás habida en el Imperio de Tartessos: Asune La Amazona. Y es por eso que hoy empiezo a narrar su relato, pues ha de ser necesidad que los viejos no la olviden y los jóvenes la aprendan.

(***)

§7 Alkûu titubeó, aunque al final pensó que era una buena propuesta. No había comido casi nada en varios días y se encontraba agotado. La muchacha no le inspiraba demasiada confianza, pero llegó a la conclusión de que si aceptaba su invitación, posiblemente aquella noche cenaría. De todas formas, estaba acostumbrado. Ésa era la vida de un combatiente.

El bosque estaba más lejos de lo que parecía. El trayecto a caballo duró un buen rato hasta que por fin llegaron a la aldea.

Había patos correteando por los suelos pedregosos que conformaban, más que calles, lindes y servidumbres entre choza y

choza. También se les cruzaban ovejas y alguna que otra vaca. En la puerta de una chabola había un niño de unos tres años desnudo, embarrado y chapoteando en un lodazal. Un perro seguía al caballo emitiendo ladridos intermitentes. Había hombres horadando agujeros en la tierra o cubriendo con paja el techo de sus casas. Algunas mujeres llevaban cestos repletos de pescado y marisco en una mano, y sus bebés en la otra. Vestían túnicas multicolores que les dejaban los hombros al descubierto y arrastraban por el suelo. Algunas tenían la cabeza rapada y otras lucían espectaculares rodetes a ambos lados de la cabeza. Casi todas llevaban adornos personales como collares, enormes pendientes, brazaletes...

(***)

§12 Bien avanzado el día, Alkûu despertó hambriento y con un dolor concentrado en sus sienes que achacó a la resaca. Masajeándose la cabeza con la punta de sus dedos corazones, buscó a Asune, a quien llamó sin obtener respuesta. Se levantó y se dirigió al umbral de la cabaña, pues la posición del Sol le revelaría cuánto tiempo había estado durmiendo —de lo cual no tenía ni idea—. Asomó medio cuerpo y contempló algo que nunca habría imaginado: una tropa de soldados de Asdrúbal había llegado al poblado buscando a un hombre: él. El capitán mencionaba en voz alta su nombre ante los expectantes y asustados aldeanos. Por si acaso, Alkûu se ocultó dentro de la casa pues, aunque era imposible que supieran que él estaba allí, no quería que alguien le viera y le delatase. De vez en cuando miraba por uno de los ventanucos de la choza para ver qué ocurría y la estampa se mostraba, cuando menos, burlesca: frente a la tropa cartaginesa había un grupo de hombres cuyo número no excedía de cuarenta individuos, la mitad de ellos, o muy ancianos, o demasiado jóvenes. Uno de los mayores trataba de negociar algo con el capitán cartaginés y, por lo que Alkûu pudo ver, parece que le convenció. Los soldados dieron media vuelta y se fueron sin llevarse a nadie. Cuando se alejaron lo suficiente, los aldeanos se fundieron todos en un jubiloso abrazo.

Alkûu salió de la casa y encontró a Asune ataviada con los ropajes típicos y peinada con las trenzas tradicionales femeninas en lugar del atuendo marcial del día anterior.

—¡Alkûu! —la muchacha se echó a sus brazos.

- ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vas así vestida?
- Ven, vamos a casa. Te lo explico allí. ¿Tienes hambre?
- ¡Sí... Mucha! —contestó él, agitando la mano.

Durante el almuerzo, Asune interrogó al joven guerrero:

—Tendrás que explicarme por qué viene hasta aquí una tropa de soldados cartagineses, después de casi veinte años, precisamente el día siguiente al que tú llegaste.

—Mi padre fue uno de los que luchó aquí contra los cartagineses en aquella batalla —contestó cabizbajo el forastero—. Él murió entonces y es por eso por lo que he venido: para ofrecerle un sacrificio a los dioses en su nombre. El odio que yo profeso a Carthago me ha llevado en muchas ocasiones a matar a muchos de sus súbditos, siempre que se me ha presentado la oportunidad. Estoy perseguido por ellos, soy un fugitivo... Y, por lo que parece, me siguen la pista muy de cerca.

Asune permaneció pensativa durante un rato, al cabo del cual, respondió:

—Has estado a punto de provocar una desgracia. Tú sabes que en nuestro Clan no hay soldados masculinos. Somos las mujeres las que cumplimos tal función.

—Algo de eso imaginaba —respondió el muchacho.

—El nuestro, Alkûu, es un matriarcado. Adoramos a la Diosa Madre, como nuestros antepasados, del mismo modo que se ha hecho desde que existe el mundo; hemos conservado la Tradición, la cual ellos han querido robarnos o sustituírnosla por la suya... sin éxito, por supuesto.

—[Entonces...]

—Entonces, les hemos explicado que aquí no hay guerreros, que nuestros hombres son campesinos, pescadores, pastores... pero no guerreros; cosa que, por otro lado, es cierta. Gracias a eso, se han largado. Y, por si fuera poco, mis súbditos han ocultado tu presencia aquí, pues no son tontos y saben que entre tú y yo han surgido ciertos sentimientos.

—¡Eso es fantástico, Asune! Enhorabuena... ¡Y, por cierto, gracias!

—¿Sabes qué es lo mejor de todo?

—¿Qué?

—Que estoy reuniendo un ejército. Tengo la intención de provocar una rebelión contra Carthago.

—¡Que los dioses nos amparen, Asune! ¿Una rebelión?

—Sí. Nuestro pueblo lleva esperando este momento muchos años. Hay casi mil trescientas tribus hermanas repartidas por todo el territorio de Tartessos, que yo sepa. Mi intención es reunir las a todas y convencerlas de que tenemos que independizarnos del dominio cartaginés y recobrar nuestro Imperio.

—¿Y cuándo crees que será el momento adecuado?

—Necesitaré algún tiempo. Puede que de aquí a un par de años.

—¡Que Neeto nos asista!

Asune le miró con una mezcla de condescendencia e inquietud. Tomó la mano de Alkûu y le preguntó:

—¿Nos acompañarás?

Alkûu miró directamente a los ojos de Asune y le apretó la mano. Su respuesta, después de unos interminables segundos, fue:

—Sí.

(***)

§15 Las milicias de Asune estaban reconquistando Gadir a una velocidad vertiginosa. Era de vital importancia vencer en la colonia más antigua y más relevante de todas. Tomar Gadir significaba abrir el camino para la reconquista total del Imperio de Tartessos, ya que era la ciudad más influyente de todo el extremo Occidente.

Las tropas de Asune estaban muy tocadas, pero las de Asdrúbal estaban a punto de claudicar. Necesitaban con urgencia la ayuda de Amílcar o, de lo contrario, pronto cederían.

Asdrúbal no podía llegar a entender cómo una sola mujer había llegado a reunir semejante ejército tan combativo, tan fuerte, con tantos soldados preparados perfectamente para la guerra y con tanta pericia en la lucha. Cuando se encontraban en el campo de batalla, el rey observaba a su contrincante, ataviada con un casco similar al que utilizaban los soldados griegos, su lanza, su escudo... y subida a lomos de su espectacular corcel blanco, tan bravo como ella misma y

absolutamente amaestrado a las órdenes de su dueña, como si ambos seres fuesen uno solo.

Observaba también Asdrúbal desde su privilegiada posición — un torreón situado sobre una elevación del terreno que, según se decía, perteneció a un miembro de una antigua Dinastía de reyes tartesios, llamado Eogiar — al Lugarteniente de aquella mujer, quien tampoco se quedaba atrás en valerosidad y coraje en la lucha. Con una sola espada era capaz de deshacerse de al menos tres soldados cartagineses: caían éstos al suelo de un único golpe que el tartesio les propinase. Asdrúbal, completamente desmoralizado, envidiaba el arrojo, la intrepidez y la audacia que caracterizaba a aquellos guerreros y que quisiera él para los suyos. El rey llegó a la conclusión de que, en igualdad de condiciones y número, los tartesios derrotarían en cuestión de horas a su ejército. Era necesaria, por tanto, la presencia inmediata de Amílcar, ya que el único modo de vencer a los insurrectos era sometiéndoles y abrumándoles con una mayor cantidad de efectivos. “Diez o quince mil soldados más serían suficientes para acabar con ellos”, debió pensar Asdrúbal.

§16 Al fin, cinco días después, llegó Amílcar. Desembarcaron durante la noche y a la mañana siguiente asaltaron por sorpresa el campamento tartesio. Fue la masacre más terrible acontecida en Gadir en muchos decenios. Asune y su hijo fueron puestos a salvo por los subalternos de Alkûu, mientras éste intentaba aplacar el feroz ataque cartaginés a la cabeza de unos cuantos cientos de valientes tartesios... Sin embargo, no consiguieron detenerles. Cuatro hombres a caballo arremetieron contra el invencible guerrero kuneto-tartesio y, aunque éste pudo detener a dos de ellos, los dos restantes pronto le dieron muerte.

Asune y su pequeño recibieron la noticia al día siguiente, mientras aguardaban en Ušnē. Sumida en una profunda tristeza y ahogándose en una interminable cascada de lágrimas, recibió el cadáver de su amadísimo esposo, al que ella misma, con sus propias manos, dio sepultura bajo un túmulo que coronó con una impresionante estela, junto a la tumba de su propio caballo, Ekurine. Mandó llamar a Tašiionos, un escultor fúnebre, para que cincelase en la lápida las palabras que ella misma le dictó:

“En conmemoración del héroe Alkûu. Aquí yace inmóvil. La tumba lo ha recibido, para que los Adanates se lo lleven”.

(***)

§18 Mientras tanto, en Ispanim el panorama no era nada halagüeño. Los ecos de la rebelión resonaban aún en los oídos de Amílcar, quien decidió tomar represalias y aleccionar a las colonias y otras ciudades de Tartessos imponiendo la fuerza bruta, devastando y arrasando todo cuanto recordase a aquella cultura: edificios, casas, templos, documentos, calles, caminos, obras de arte... Fueron suficientes apenas dos décadas para que no quedara rastro de Tartessos.

Por aquel entonces Arko contaba con diecinueve años. Su madre, Asune, casi cincuenta. Tras la derrota de Gadir, la reina se vio obligada a exiliarse en territorios alejados del dominio cartaginés pues, al igual que hicieran sus padres, tuvo que huir para salvar la vida de su hijo y la de su comunidad. Partieron de Ušnē dejando atrás el Promontorio Sagrado —que ya se encontraba bajo el dominio de Amílcar— y se dirigieron al norte, siguiendo la Vía Heráclea: el mismo camino que siguió el mismísimo Heracles cuando dejó atrás una Tartessos asimismo destruida. ¡Cuántas calamidades ha-bían soportado aquella bendita tierra y sus sufridos habitantes a lo largo de los siglos...!

Tras dos semanas de penurias, hambre y sed, consiguieron llegar a un lugar llamado Iuřiba¹, donde encontraron una aldea cuyos habitantes se caracterizaban por tener costumbres muy parecidas a las suyas. Las viviendas, los santuarios, las vestimentas... eran muy similares a las que Asune y su clan estaban acostumbrados. Fueron recibidos por los iuřibetes con una generosa hospitalidad, uno de los distintivos más arraigados entre los tartesios. Y es que, en efecto, aquella comunidad había sido también emigrante de Tartessos años atrás, desde que el gran Arkantonoos muriera.

[...] A pocos estadios de la aldea existía el Santuario² más grande que jamás hubieran contemplado los ojos de Asune. Consistía en una fuerte plataforma de piedras y paredes de adobe, pintado

¹ Por las descripciones que revelará el autor más adelante, es posible que esta ciudad pueda ser identificada con la *Iulipa* que menciona Livio, en el término municipal de la actual Zalamea de la Serena (Badajoz).

² Parece que se refiere al famoso Santuario de Cancho Roano (construido por tres veces, siendo del siglo V a. C. los restos que se han conservado hasta hoy).

con arcilla roja por fuera. Dos torres flanqueaban el edificio, que constaba de dos plantas. Poseía una enorme terraza de piedra que lo rodeaba y para poder acceder a él había que atravesar un patio en cuyo centro se alzaba la boca de un pozo. Subiendo unas escaleras, se entraba en un recinto que comunicaba con una galería que, a su vez, llevaba a distintos compartimentos que parecían almacenes. En otra de las habitaciones se encontraba un lujoso elenco de enseres (joyas, marfiles, collares) traídos de Grecia, Carthago o Egipto.

En el centro del Santuario se encontraba el Altar principal, dedicado a la diosa Saruneea, diosa de las Estrellas, identificable con Afrodita o Tanit.

Los iuríbets acogieron pronto a los nuevos vecinos. Los conocimientos en los Misterios que Asune poseía fueron cruciales para que los primeros encuentros resultasen amables y fructíferos, pues en aquel tiempo precisamente, en Iuríba necesitaban una sacerdotisa que celebrase los rituales a Saruneea. Y no reconocieron a la que fuera reina de Tartessos en la nueva ciudad, sobre todo porque sus habitantes abandonaron el reino muchos años antes de que ella fuese erigida como regente del malogrado Imperio. Así pues, recibieron sus servicios con júbilo y agrado porque comprobaron que la nueva sacerdotisa también poseía vastos conocimientos en todo tipo de disciplinas; de tal manera que no sólo podría realizar los Oficios a la diosa, sino que además sabía curar a los enfermos, conocía las artes de la Música y de la Escritura y dominaba los secretos de la Magia.

§19 En las ceremonias, Asune pintaba todo su cuerpo con motivos rituales y bebía un preparado a base de hierbas para poder encontrar el canal espiritual que la conectaba con Saruneea, de forma que la diosa se transfiguraba en carne a través de su sacerdotisa. Pocas eran las veces que esto ocurría, pues Asune terminaba siempre exhausta tras la invocación, hasta el punto de que necesitaba después varios días para recuperar sus fuerzas. No obstante aquella ocasión lo requería: algún dios maldito apagó la luz de Serubau y ocurrió entonces que el día devino noche en cuestión de minutos. Quienes lo presenciaron quedaron atónitos y aterrados. Corrieron en busca de la sacerdotisa con el fin de que intercediera por ellos ante Saruneea y que ésta, a su vez, aplacase la ira del Maligno y devolviese la luz del dios Sol.

Terminados los preparativos, Asune entró en trance: siete Músicos Sagrados interpretaban con tambores culturales diversos ritmos, vertiginosos, atronadoramente intensos. Se podía oír el estruendo a muchos estadios de distancia y los allí presentes sentían cómo sus corazones se conectaban en consonancia al pulso de la percusión. La sacerdotisa comenzó a bailar una danza estrepitosa, espasmódica, a la vez que recitaba versos prohibidos, vedados al saber de los no iniciados, versos ancestrales que invocaban a los más antiguos moradores del Espacio y del Tiempo.

Todos entraron en un éxtasis ardiente. Durante un interminable lapso olvidaron dónde estaban, quiénes eran y cuál era el propósito de aquella ceremonia. Gritaban, lloraban, reían e incluso algunos desfogaban sus más profundas miserias y golpeábanse a sí mismos con piedras o palos, llegando a herirse hasta el extremo de sangrar.

Al cabo de un buen rato, los músicos, agotados, cesaron. Como cuando se desploma el tejado de una casa, así parecía haber caído el silencio sobre sus cabezas. En ese instante, Asune abrió los ojos, pero no miraba a nadie. Buscaba algo o a alguien entre los asolados presentes, mas no podía encontrarlo dado que a quien inquiría no se encontraba en el mudo de los vivos: buscaba un ente incorpóreo.

Al fin, consiguió vislumbrar algo. Era la silueta de un hombre alto, fuerte, ataviado con ropajes de guerrero: ¿era quizá Neeto, el gran dios de la Guerra? ¿Qué hacía allí, por qué se había presentado ante Asune? ¿Qué error cometió la sacerdotisa como para invocar al dios de la Guerra en lugar de la diosa de la Luz Divina?

“¡Le veo!” gritó Asune. “¡Puedo verle, está justo enfrente de mí!”, confirmó. La divina silueta alzó un brazo y, con una fuerza sobrehumana, golpeó el rostro de la sacerdotisa. Asune cayó al suelo inconsciente y, mientras así permanecía, yacente... no el dios, sino un capitán cartaginés que hasta allí llegó con su tropa alertado por el impresionante ruido de los tambores, ordenaba a sus soldados el apresamiento de todos los miembros de aquella comunidad y mandaba quemar el bello Santuario consagrado a Saruneea.

(***)